



—Don Celso...—supliqué.
 —¿Usted ha pensado en lo que gana, amigo López?
 —Setenta duros... Pero yo soy hombre morigerado; Carlota es ahorrativa y hacendosa...
 —Ni ella ni usted saben lo que es constituir un hogar así. Setenta duros ganaba yo cuando me casé. Entonces, como para ustedes ahora, todo era para nosotros ilusión y esperanza. Cuantos problemas nos planteábamos se resolvían con una palabra, que era la de nuestro amor; porque usted no puede querer a Carlota más que yo a su madre. Pero después, amigo López, ¡cuánta amargura! Vinieron los hijos, las necesidades aumentaban. El sueldo seguía subiendo en proporción cada vez más lenta...

—Es que además de mis setenta duros yo podré buscar...
 —No podrá usted buscar nada. Usted, como yo, pertenece a esa triste clase social del oficinista, que es tanto como decir de la esclavitud. Un político sí puede esperar eso que usted piensa; pero usted no es político. Un abogado, un médico, un hombre; en fin, de profesión liberal cualquiera, puede pensar abrirse camino ancho; pero nosotros no. Y treinta años de penuria, de tristezas, de necesidades. Treinta años de ver a la propia mujer esclava de la miseria, que no pudimos resolver, y a los hijos criarse sin la debida higiene, y sometidos a constantes privaciones, son suficiente práctica para que yo me oponga a lo que usted pretende. Aun sabiendo que mi hija Carlota no podría encontrar quien la hiciera más feliz que usted. Pero sería para mí una insostenible amargura la de pensar que un día pudiera usted reprocharme, siquiera con el pensamiento, todas estas cosas que, al fin y al cabo, no serían sino un reproche para mi hija, a la que amo con pasión y a la que nunca pude dar, amigo López, ni la satisfacción de comprarle un sombrero de precio...

Las gafas de don Celso se empañaron de lágrimas. Yo balbucí, contagiado de aquella íntima y amarga emoción:

—¿Y la va usted a privar ahora de este deseo, cuando tan a mano tiene el complacerla?

Fueron estas palabras una inspiración que le vencieron... Meditó un instante, y, haciendo una transición, exclamó:

—Bien; pero es que usted no puede amarla tanto como yo.

—Si no se enfadara, don Celso, le diría que sí.

—Necesito una prueba.

—¡Concedida!

—Pues esta tarde, a las seis, nos veremos en el café de Levante y hablaremos...

V

No he de decir que antes de las seis ya estaba yo allí, y allí estaba ya don Celso, en el sillón de «peluche» donde desde aquella tarde no nos volvimos a reunir. Don Celso me acogió con una sonrisa cordial, y, apenas sentado junto a él, abrió un rollo de cuartillas, las separó por cerca de la mitad, buscó en una de ellas y comenzó a leer:

*«Cuando la luna en el espacio brilla,
 y el agua corre por el río abajo,
 y entre las hierbas de la verde orilla
 su bola arrastra negro escarabajo...»*

RAIMUNDO DE LOS REYES

errata, me criticaba mis condiciones de mecanógrafo. Hasta que un día me decidí a zanjar la cuestión.

—Don Celso—le dije—, usted está disgustado conmigo. Desde aquella tarde en el café...

—¡Basta, basta!—se levantó iracundo sobre sus piernecillas menudas y zambas—. Le prohíbo hablar de aquello. Siéntese y escriba: «Excelentísimo señor: En contestación a su atento oficio fecha...»

Y aquella actitud suya creó en mi vida una gran zozobra. Veía perdida toda la confianza que a fuerza de paciencia y resignación había logrado conquistarme, con la esperanza de allanar el camino para llegar al final de mis sueños de amor. Y así se lo dije a Carlota.

—En efecto—me respondió—, dice que ha descubierto en ti un carácter violento y poco sufrido... Que eres un hombre baladí. ¡Y eso que no conoce nuestras relaciones! Y dado el carácter de mi padre, temo que no las acate nunca.

Aquello fué un revulsivo eficazísimo. Yo ví clara la situación: de seguir las cosas de aquel modo, don Celso cada vez iría sintiendo más animosidad hacia mí y, por tanto, se disiparía la posibilidad de que accediera a mis deseos. Era preciso, pues, zanjar pronto la cuestión, y una mañana, apenas llegado al despacho, la afronté.

—Amigo don Celso—le dije—, usted es un buen amigo mío.

—Más amigo de usted que usted mío. Siga, López.

—Y usted es un hombre consecuente e incapaz de una hipocresía.

—Conforme. Veo que, al fin y al cabo, tiene usted de mí un buen juicio.

—Usted en varias ocasiones me dijo que deseaba que le pidiera algo, para complacerme.

Don Celso se estremeció visiblemente, se quitó las gafas, se oprimió con la mano un poco el entrecejo, y conteniendo un suspiro exclamó:

—Prosiga...

—Pues bien, ha llegado la hora: yo tengo que pedirle una cosa.

—¿Cuál?—musitó con voz apagada.

—La mano de Carlota.

Le produjo aquello la misma impresión que si el techo se le hubiera venido encima. Se levantó pausadamente, fué a la puerta, la cerró y, sentándose de nuevo, respondió:

—Lo esperaba...—y conteniendo con un ademán la efusión de mi júbilo, próxima a estallar, añadió—: Sí, amigo López, lo esperaba; pero eso que usted pretende no puede ser.

CAMPAMENTOS...

Muchas de vosotras, lectoras de "Y", tenéis hijas Flechas; otras, hermanas... y todas en general conocéis niñas y muchachas a quienes querer. A quienes querer con ese cariño de ternura y de fortaleza que tiene como deseo el conseguir la formación completa del ser querido. Y para ayuda de ese afán noble llegan a tí, mujer, los Campamentos del Frente de Juventudes.

Salud ante el sol y el aire sano, educación de la voluntad ante la vida común, práctica de la hermandad y camaradería que borrarán en el futuro los odios que separan y destruyen. Religión sentida y vivida en la Misa diaria ante el altar rústico del Campamento y el Rosario al caer de la tarde. Higiene y limpieza necesarias en el futuro hogar y aprendida ahora con el arreglo de la habitación y en el obligado aseo personal. Trabajos manuales entre sus dedos femeninos. Agilidad y fortaleza del cuerpo con la gimnasia y los juegos. Y ante todo la conciencia y el orgullo de haber nacido españolas.

Todo ello, toda esta formación del alma y del cuerpo son los Campamentos de Flechas. En toda España, junto al mar y en la montaña, se levantan mástiles que ondean banderas ya sagradas, y se eleva una Cruz: esos son nuestros Campamentos, que ofrecen ya de lejos los símbolos del nuevo concepto de la vida: RELIGIÓN Y PATRIA.

Allí, mujer, tu hija, tu hermana, tu pequeña amiga se preparará a ser, como dijo José Antonio, "la mujer de alma sana y cuerpo fuerte para mejor servir a España".

